

Mansiones señoriales gallegas

El palacio de los duques de la Conquista

Pascual Rey, no es solamente un fotógrafo admirable. Es, además, un hombre serio y diligente. Vive tan sujeto á su palabra como un santo á sus votos. Promesa que hace es, por sobre los mayores obstáculos, cumplida.

—Mañana, á las diez, te espero en casa. Trae la máquina. Iremos á San Saturnino. Tenemos que hacer, para VIDA GALLEGA, una información en el palacio de los duques de la Conquista. ¿Conforme?

—Conforme.

Y en efecto, el día aquel, Pascual Rey, consecuente con la tradición honrosa de toda su vida, después de una noche de incesante ajeteo para poder cumplir sus compromisos profesionales, acudia á la cita puntualmente. Salimos. Nos encaminamos hacia la Puerta Nueva.

—A ver; un coche. A San Saturnino. Ida y vuelta. ¿Cuánto?

—Cinco duros.

—En marcha.

* * *

Comienza el coche á rodar por la carretera llena de sol. La mañana es placida y serena. La atmósfera está aquietada, en calma suave que enloquece el espíritu.

Mé adueno de una ventanilla. Delante de mis ojos, la campiña ferrolana despliega el prestigio de sus encantos. El Otoño no ha tenido tiempo todavía para amarillear el paisaje, para despojar estos árboles de la pompa de sus hojas, para mustiar las flores de estos jardines, para acallar la jocunda partería de estos pájaros.

Por la carretera avanzan unas campesinas anchas y fuertes, erguidas las cúpulas gallardas de sus senos. Van balanceando acompasadamente las caderas abundosas; van abrumadas bajo el peso de los cestos repletos de frutas y hortalizas. Un rebaño de ovejas, blancas y velludas, pasa con rumor de balidos. En el prado distante, una moza de crencha bermeja pastorea una vaca; las dos son rojas, morenas las dos parecen hechas de tierra y de teja molida...

De trecho en trecho, medio ocultos entre la fronda, unos edificios lujosos alzan la arrogancia altanera de sus muros. Son los «hoteles», los «chalets» y las quintas de recreo donde una gran parte de la gente elegante ferrolana busca, durante los meses estivales, un refugio contra los rigores del calor.

Jubia. El coche cruza, de prisa, á lo largo de la histórica villa que reposa dulcemente bajo la alegría de este cielo autumnal. Atrás quedan las torres ligeras de la iglesia que regaló al pueblo la filantropía de D. Francisco Barcón, la fábrica de tejidos é hilados donde este ferrolano ilustre proporciona pan y trabajo á tantos seres humildes, el viejo templo de San Martín, abadía regida por obispos desde su fundación, en tiempos de la reina doña Urraca de Castilla, hasta el año de 1121 en que el conde de Trastámara la redujo á priorato.

* * *

Estamos delante de la mansión señorial de los duques de la Conquista. Descendemos del coche. Llamamos. Un criado alto, fornido, con unas correctas patillas de diplomático inglés y el aire grave de un magistrado, acude á franquearnos la puerta.

—¿Están los duques?

—Están. ¿A quién anuncio?

—Al Hidalgo de Tabasco y á D. Pascual Rey.

Transcurren unos breves instantes. Un caballero, que tiene la traza noble del clásico hidalgo castellano, se acerca á nosotros, sonriente y jovial. Es el conde de Cumbres-Altas, marqués de San Saturnino, duque de la Conquista, grande de España...

Le exponemos el objeto de nuestra visita. El duque es enemigo de exhibiciones. Huye de la notoriedad como de una mala tentación. En su palacio, además, no hay nada que pueda despertar la curiosidad de las gentes, que pueda interesar al artista, al historiador ni al poeta. Es un edificio moderno, decorado con una gran sencillez, sin una nota de arte que lo embellezca, sin un recuerdo legendario que lo poetice, sin una remembranza histórica que lo avalore. No posee otro mérito, siquiera este sea alto y absoluto, que el de haber sido honrado diferentes veces con la presencia del rey D. Alfonso XIII y de su augusta madre doña María Cristina.

Pero el duque comprende que las leyes de la hospitalidad le vedan conirrarir nuestros deseos.

—... y yo hallo, por lo tanto—añadió, inclinándose levemente—un placer singular en proporcionarles cuantas facilidades precisen para que los deseos de ustedes puedan ser ampliamente satisfechos.

Nosotros, al oír estas palabras corteses y optimistas, hacemos florecer en nuestros labios una sonrisa de agradecimiento y, á la vez, doblamos el espinazo en una reverencia que envidiaría un príncipe para saludar á la multitud.

El duque nos conduce frente á la galería del palacio. Se halla esta galería sostenida por unas columnas blancas, gráciles, tersas, sin un arañazo, sin una mácula. Dos de las columnas estas ostentan, en sus capiteles, unos escudos de piedra donde un artífice ignorado cinceló preciaros cuarteles.

Bajo la galería hay unas damas gentiles y unos pulidos caballeros. Son la duquesa de la Conquista, la marquesa de Almaguer, la señora de Heredia, los duques de Bailén y el conde de San Román. Están diseminados á derecha é izquierda, con una franqueza encantadora, con esa ductilidad de etiqueta propia solamente de la gente *d'elite*. Es una escena de cuadro de Wattan, de una frivolidad amable, aristocrática, mundana. Pascual Rey se dispone á reproducir la escena esta en una placa fotográfica. Yo me retiro discretamente.

—Un segundo. No se muevan... Ya está. Gracias.

* * *

Ascendemos por una regia escalinata de anchos y cómodos peldaños. Pasamos por la galería donde, como surgiendo de la pared, las testas de unos ciervos—regalados á los duques por el rey D. Alfonso XIII—muestran la complicada armazón de sus astas erizadas y puntiagudas.

El salón de lectura. Se respira en él una atmósfera de arte y de paz estudiosa. De las paredes cuelgan unos cuadros de escenas pastoriles. Sobre los testeros hay retratos de Papas, de reyes, de príncipes y de infantes con dedicatorias efusivas para los aristocráticos dueños del palacio. Los muebles son solemnes y lujosos. En uno de ellos resplandece el retrato de una dama, tocada de mirinaque, con la cabellera empolvada, teniendo una flor en una de sus manos pálidas y suaves. En la biblioteca, una valiosa colección de libros muestra el abigarramiento de sus lomos multicolores.

El fotógrafo torna á ejercer sus funciones. Apareja la máquina en un lugar estratégico. Oprime el obturador y obtiene una hermosa fotografía. En ella, la duquesa de la Conquista, sentada, leyendo, envuelta en la sencillez de un atavío casero, pone una nota de un atractivo dulce é inefable.

Penetramos en una habitación donde, en el decorado todo, triunfa el cándido color que simboliza la pureza. Blancos son los muebles por aquí esparcidos, blancos los marcos de los lienzos que paramentan las paredes, blancas las figulinas de Limoges, de Sevres y del Retiro puestas sobre los *etageres*. La luz vaga y difusa que penetra por una ventana, da á las alburas estas un tono suave de nube. Hay en la estancia como un hábito de distinción suprema, y hay, también, algo que hace pensar en una existencia superior, de romance, pasada sobre alcañifas preciosas, en *coupés* acolchados, con arias de óperas, melancolias de buen gusto y amores de un goce extraño...

El comedor. Nos hallamos en una vasta pieza cuadrada, de espesos muros revestidos de telas oscuras. Del artesonado del techo pende una lámpara con las bujías intactas. La mesa, circuida de sillones guarnecidos de cachemira clara, semeja un altar donde, sobre la deslumbrante blancura del mantel, irradian con multiplicados esplendores la plata y la cristalería.

Un admirable centro de mesa se destaca en medio de esta profusión de objetos, figurándose en él un grupo de niños que van á sumergirse en las aguas inquietas de un estanque. Más allá de los tallados espaldares de los sillones, encima del aparador, las copas, los vasos, las jarras, las vasijas, los saleros y las compoteras brillan con un resplandor intenso. Se siente, á la vista, de todo esto, una extraña sensación de apetito.

Recorremos otras dependencias del palacio adornadas todas ellas, como las que acabamos de ver, con la sobriedad, la sencillez y el buen gusto que son la esencia de esa cosa sutil y maravillosa que se llama elegancia. Visitamos la capilla, diminuta, severa, con un retablo artístico, con imágenes talladas primorosamente. Admiramos la vegetación milagrosa del bosque, sus lugares llenos de una dulce y melancólica poesía. Paseamos por las largas avenidas del parque, bajo los álamos floridos en hojas de un verdor alegre, viendo los rosales, los heliotropos y los pensamientos desbordarse de los macizos y las platabandas, escuchando el son ligero y festivo de las fuentes que quiebran sus surtidores en los tazones de mármol.

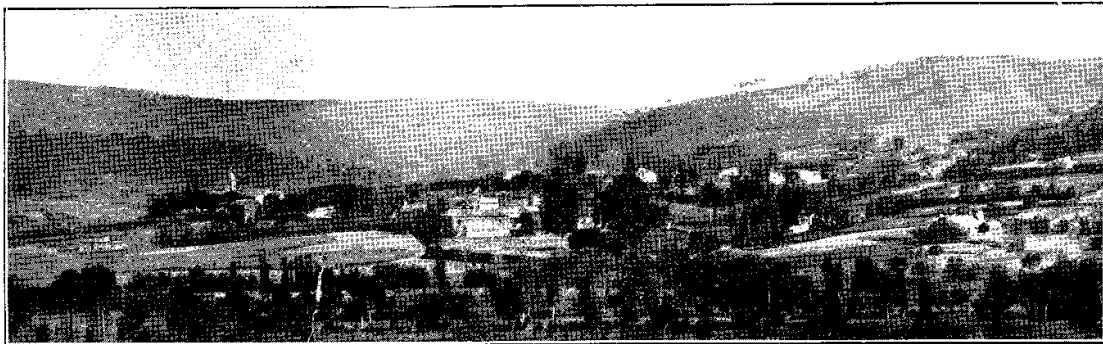
Se hace tarde. El crepúsculo comienza á caer. Nos despedimos de los duques y de sus amigos con un profundo reconocimiento. Y nos alejamos, con la impresión de haber estado en una de las mansiones señoriales más suntuosas de Galicia, al lado de unas damas y unos caballeros de una refinada cultura y de una amabilidad sencilla, exquisita y franca.

Joaquín ARIAS MIRANDA

(El Hidalgo de Tabasco)

MANSIONES SEÑORIALES GALEGAS

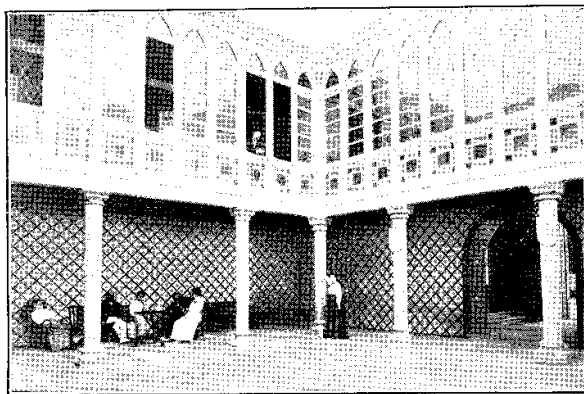
El palacio de los duques de la Conquista, indicado para alojamiento de los reyes de España durante las fiestas del Ferrol



VISTA GENERAL DEL VALLE DE SAN SATURNINO, EN EL CUAL ESTÁ EL PALACIO



SALÓN DE LECTURA



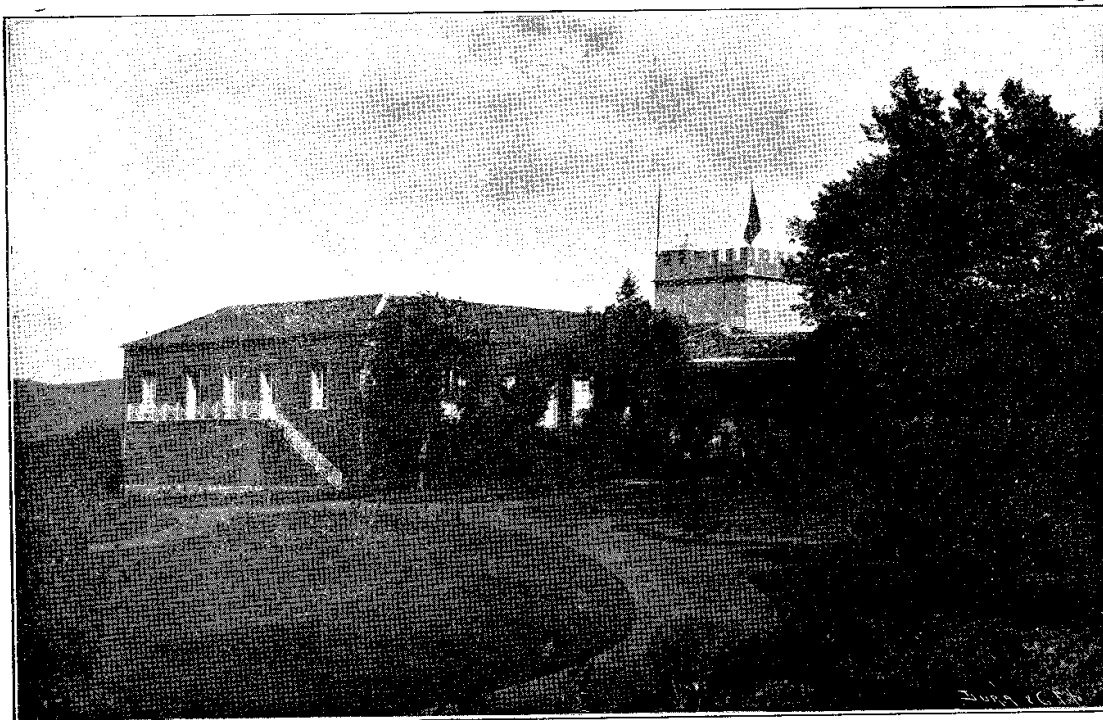
EL PATIO



SALÓN BLANCO



EL BOSQUE



El palacio de San Saturnino, visto desde el parque

(Fot. P. Rey, Ferrol)

SALÓN DE MÚSICA Y DE BILLAR



De izquierda á derecha: duque de la Conquista, señora de Heredia, duquesa de Bailén, duquesa de la Conquista y marquesa de Almaguer
(Fot. P. Rey, Ferrol)